

Manos con voz propia

Quinientos años de lengua de signos

4 de julio -
1 de octubre
2017

MUSEO
DE LA BIBLIOTECA
NACIONAL
DE ESPAÑA



👉 José García Hidalgo,
*Nuevo Abecedario Manual
y demostrativo: Para enseñar a ablar
a los Mudos y ablar con los Sordos...*
1692. BNE INVENT/12796

Coordinación

Museo de la Biblioteca
Nacional de España

Imágenes

Laboratorio de Fotografía
y Digitalización de la BNE

Textos y selección de obras
Inés Antón Dayas

Diseño y maquetación
Estudio Ponce Contreras

Imagen gráfica
Mario López Ruiz

Montaje
Feltrero



El 23 de octubre de 2007 se aprobó la Ley 27/2007 que tiene por objeto reconocer y regular la Lengua de Signos Española (LSE) como lengua de las personas sordas, con discapacidad auditiva y sordociegas en España que

libremente decidan utilizarla, al mismo tiempo que aprueba la lengua de signos catalana. Una aceptación tardía que coloca a la LSE en el panorama de la historia lingüística más reciente de nuestro país. Y una ley que, pese a los obstáculos para llevarse a la práctica, ampara a una lengua de amplia tradición.

Para conmemorar los diez años transcurridos desde entonces, la Biblioteca Nacional de España presenta una pequeña muestra de sus fondos que ayuda a reconstruir el devenir de la LSE: manuscritos, libros, gacetas, fotografías, grabados y piezas de la colección de ephemera. Un viaje visual por la difusión de esta lengua, sus sistemas de enseñanza, la historia de los colegios de sordos en España y las novedades pedagógicas surgidas en este ámbito hasta la actualidad.

Estos documentos testimonian su condición de lengua rica y viva, con una evolución e historia propias. El objetivo de la exposición no es otro que el de mostrar a los visitantes, ya sean sordos, sordociegos u oyentes, los diversos modos en los que se difundió la LSE a lo largo de los siglos. Se ha tratado de no incurrir en los mitos y falsas creencias tan habituales a la hora de abordar su estudio y en ningún momento se plantea la superioridad entre la lengua oral y la de signos.

“Para enseñar a hablar a los sordomudos”. Alfabetos manuales y otros sistemas

Las primeras referencias escritas sobre las personas sordas se encuentran en la Biblia y en los textos clásicos de la antigua Roma, donde aparecen marginadas y relegadas al olvido. Posteriormente, otros textos como el *Código Justiniano*, del siglo vi, o las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio, del siglo xiii, dejaron patente la discriminación hacia estas personas, no reconociéndoles, por ejemplo, el derecho a heredar o a dictar testamento.

No es de extrañar que la forma tradicional de referirse a una persona sorda desde antiguo haya sido la de mudo, es decir, el que carece de la facultad del lenguaje, que no puede hablar, que tan solo emite sonidos pero no palabras. El concepto mudo unido a la alusión a persona sorda no desapareció hasta el siglo xviii, cuando el abad francés L'Épée (1712-1789), una de las grandes figuras de la historia de la educación de las personas sordas, habló por primera vez en sus obras de mudos y sordos, distinguiendo entre ambos. En España fue el jesuita Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809) el primero en emplear el término sordomudo para denominar a aquellos que no podían hablar y que eran sordos de nacimiento. A partir de ese momento, el término mudo-sordo o sordo-mudo se generalizó a lo largo del siglo xix y no fue hasta la década

de los años sesenta del siglo xx cuando desterraron su uso tanto los especialistas como la comunidad sorda. No obstante, todavía en la actualidad, entre oyentes que desconocen el carácter negativo del término, es frecuente referirse así a una persona sorda.

En el largo historial de referencias tradicionalmente aceptadas destaca la figura de Pedro Ponce de León (h. 1506-1584), un monje benedictino a quien se atribuye el mérito de ser el primero en alfabetizar y desmutizar, como maestro de los dos sobrinos sordos del IV condestable de Castilla, Pedro de Velasco, mediante un método práctico. Sin embargo, existieron autores anteriores que desarrollaron métodos educativos similares aunque con desigual reconocimiento.

Hoy en día no queda vestigio alguno de su obra, lo cual no cuestiona necesariamente su existencia puesto que subsisten referencias tanto a ella como al sistema que empleaba su autor. La primera fuente relacionada con Ponce de León y su trabajo es el manuscrito de Lasso, fechado en 1550, *Tratado legal sobre los mudos*. Este texto fue encontrado de modo casual por Bartolomé José Gallardo en 1839 entre los fondos de la Biblioteca Nacional de España y no fue editado ni publicado hasta las primeras décadas del siglo xx. Una serie de errores de interpretación de datos a lo largo de la historia han hecho creer que Ponce de León fue el inventor de un sistema pedagógico original y revolucionario, cuando no fue así. Con todo, sin caer en la mitificación de su figura, sus logros son innegables.



Juan Pablo Bonet, *Reducción de las letras y arte para enseñar a hablar a los mudos*, 1620. BNE R/1758

Un tiempo después, en 1620, Juan Pablo Bonet (1537-1633) publicó la primera obra conservada relacionada con la educación de los discapacitados auditivos, *Reducción de las letras y arte para enseñar a hablar a los mudos*, en la que incluyó su alfabeto demostrativo o alfabeto manual y dio a conocer el sistema pedagógico empleado para la reeducación del oído. No obstante su novedad, este sistema tiene claros antecedentes en la mano aretina o mano musical, creada por un monje italiano en la Edad Media para ayudar a los cantantes a leer a primera vista. Este sería el modelo empleado siglos después por otros pedagogos y utilizado en las escuelas oficiales.

En la exposición se muestra la *Carta del abate Don Juan Andrés sobre el origen y las vicisitudes del arte de enseñar a hablar a los mudos sordos* de 1794. Dirigida a su hermano, en ella se reivindica el buen hacer de algunos maestros españoles frente a los franceses, como el abad L'Épée, que acaparaban cada vez un mayor reconocimiento como principales impulsores de la enseñanza y creación de métodos de comunicación para las personas sordas. Muy probablemente, se trata de una de las primeras recopilaciones sobre los hechos y personajes más significativos en materia pedagógica en este ámbito entre los siglos xvi y xviii en España.

En efecto, la historia de la educación y el aprendizaje de las personas sordas en España está jalonada de autores clave que permiten establecer una cronología en nuestro relato. En el siglo xviii Lorenzo Hervás y Panduro se convierte en el eje central para comprender la evolución en la consideración de

los sordos y los intentos por alfabetizarlos. *Escuela española de sordomudos ó Arte para enseñarles á escribir y hablar el idioma español*, su principal obra, es considerada la primera propuesta seria de un diccionario básico de signos españoles, recopilados por el autor gracias a su trabajo como profesor de alumnos sordos en la Escuela de Sordomudos de Roma. Allí entró en contacto con el sistema educativo del abad L'Epée. La obra de Hervás es tremendamente novedosa: entendió que la lengua de signos española tenía una estructura gramatical y unos esquemas lingüísticos que la equiparaban a otras lenguas de signos del mundo. Pero además, diferenció por primera vez la sordera de la mudéz y observó que todos aquellos que quisieran ser maestros en los colegios especiales debían conocer perfectamente su lengua de señas.

El siglo XIX trajo consigo avances y novedades, principalmente en materia educativa, que protagonizaron entre otros Juan Manuel Ballesteros (1794-1869) con sus cursos y manuales para sordomudos; Francisco Fernández Villabrille (1811-1864), que publicó *Diccionario usual de mimica y dactilología* en 1851, el primer diccionario de señas editado en España; y Carlos Nebreda y López (?-1876) con su *Tratado teórico-práctico para la enseñanza de la pronunciación de los sordos-mudos*.

En la mayor parte de estas obras sus autores hicieron hincapié en la importancia de desmutizar a las personas sordas, siguiendo un método que, por regla general, les enseñaba primero a leer y después a hablar. Enfocado a que comprendieran el mundo oyente que les rodeaba y, si era necesario y



podía servirles de ayuda, utilizaran el alfabeto manual como mero apoyo.

El *Nuevo abecedario manual y demostrativo...* de José García Hidalgo (1646-1719), fechado en 1692, y el *Alfabeto manual para la instrucción de los sordos del Real Colegio de Madrid*, editado en 1815, siendo maestro director del Real Colegio Tiburcio Hernández (1772-1826), son dos de los ejemplos de alfabetos que se muestran en la exposición.

Existen importantes antecedentes del alfabeto manual que influyeron en su creación. Así, aunque siempre se ha sostenido su vinculación con los lenguajes de señas monacales, no es posible que un sistema simple, subjetivo y nada reglamentado como ese fuera su principal punto de partida. Resulta más probable que el sistema denominado *quironomía*, *indigitatio* o *dactilología*, de Beda el Venerable, fuera una de sus influencias más fuertes, una técnica de comunicación numérica que Beda proponía transformar en un alfabeto manual.

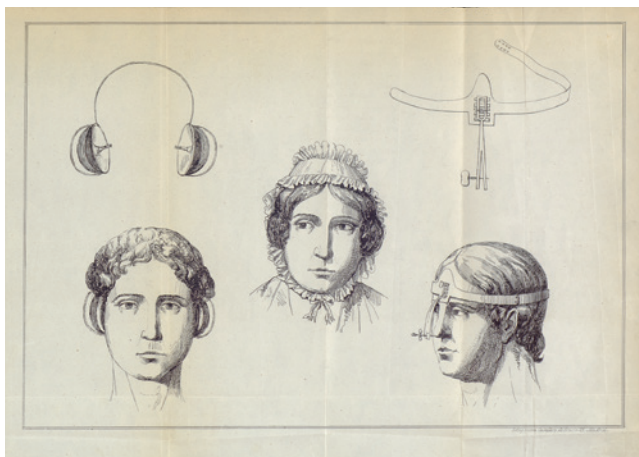
En definitiva, hasta el siglo xvi existieron tres tipos diferentes de dactilología: una simbólica y bimanual que requería que la mano izquierda señalara diferentes puntos de la derecha con distintos significados; otra indirecta que requería el uso de otros símbolos o de señalar diferentes partes del cuerpo; y la última, la unimanual, que interpretaba la forma gráfica de las letras, cuyo ejemplo más claro es el alfabeto manual español. No obstante, como suele ocurrir en esta intrincada historia del origen de la Lengua de Signos Española, se piensa que fueron algunas más las influencias recibidas y

las figuras implicadas en la creación de aquel primitivo sistema de comunicación.

A mediados del siglo xix el alfabeto dactilológico, también conocido como lenguaje de los dedos y considerado originalmente español, continuaba siendo el utilizado por Bonet. El mismo que se continúa empleando en la actualidad, aunque con las lógicas modificaciones del uso continuado y del paso del tiempo. Ballesteros afirmaba que existían tantas variedades de alfabetos manuales como signantes la usaban en cada país, por lo que su número era incalculable. Por otra parte, se sabe que los sordos no gustaban mucho de emplearlo, a menos que fuera imprescindible o no pudieran expresar de otro modo aquello que querían decir. Contaba con veintiuna posturas con una sola mano, que se aprendían en poco tiempo y que con las pequeñas modificaciones de algunos movimientos en el aire servían para representar no solo las letras, sino también sílabas, lo que se conoce como dactilología.

De manera paralela, y antes de existir una concepción cultural de la sordera, fueron frecuentes diversos “remedios” de nula eficacia, e incluso demostradamente perjudiciales para la salud, relacionados con los estudios del sonido que se desarrollaron entre los siglos xvii y xix. En la exposición puede verse un ejemplo de las punciones realizadas en la trompa de Eustaquio y otro de los llamados “anteoidos” consistente en dos casquetes metálicos unidos por una diadema. Cada uno de esos pabellones contenía en su interior un tubito que iba a parar al conducto auditivo, imaginamos que con el fin

de amplificar el sonido. Aquellos “anteoídos” eran más visibles en los hombres que en las mujeres, que podían disimularlos con los rizos y adornos del pelo. Lo mismo ocurría con las trompetillas que, a menudo, se ocultaban entre las barbas de los caballeros para que pasaran inadvertidas. Todos aquellos artilugios fueron sustituidos por las prótesis eléctricas, los audífonos y, ya en la década de los cincuenta del siglo xx, los implantes. Ayudas técnicas que han evolucionado en precisión y confort y cuya regulación como medios de apoyo a la comunicación oral para las personas sordas, con discapacidad auditiva y sordociegas, también está recogida en la Ley 27/2007.



Juan Manuel Ballesteros, “Corrección de la sordera”,
Curso elemental de instrucción de sordo-mudos, 1845. BNE 1/43719

Centros educativos especiales. Los colegios de sordomudos y ciegos en España

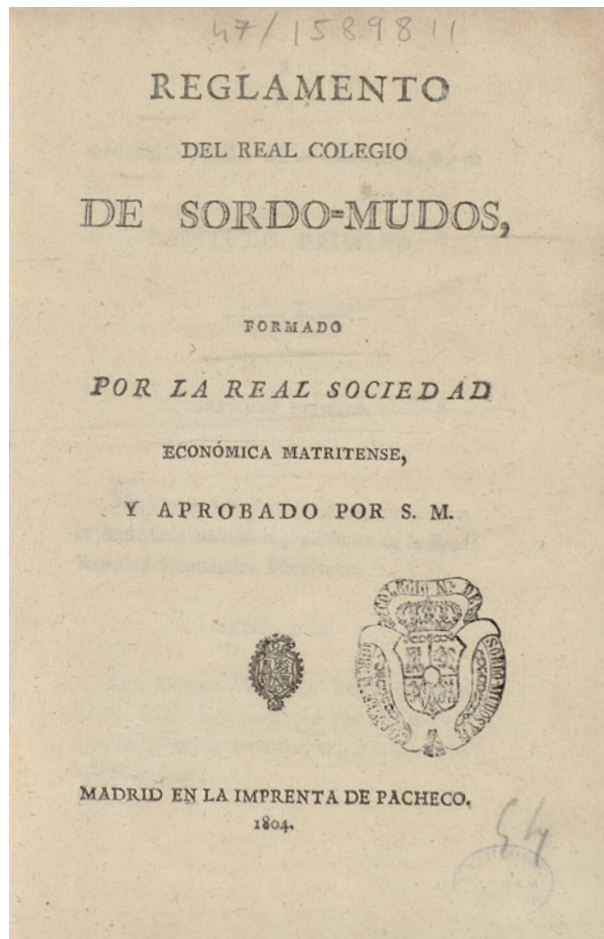
En el siglo xix tuvieron lugar algunos de los grandes descubrimientos en materia médica y fisiológica relacionados con la sordera. Así, en 1851 se descubrió la cóclea, principal encargada gracias a sus células pilosas de transmitir el sonido hasta nuestro cerebro. Este siglo supuso un importante punto de inflexión en la historia de la sordera, en la consideración social de aquellos que la padecían y también en el interés por la educación de los afectados por ella.

A finales del siglo xviii y pretendiendo emular lo que ya se había conseguido en París, en España se dieron los primeros pasos hacia la creación de las escuelas entonces llamadas de sordomudos. En Madrid, en 1795 y por decreto del rey Carlos IV, fue el propio Godoy el encargado de buscar emplazamiento y profesorado para implantar la primera escuela especial de sordos. Y así fue como el padre Fernández de Navarrete acogió en las Escuelas Pías de Lavapiés el primer centro. Posteriormente se trasladó a la Casa de la Panadería, en la plaza Mayor, donde permaneció hasta 1802. Entonces era conocido como Colegio de Sordomudos de San Fernando y su nombre cambió a Real Colegio de Sordomudos cuando se hizo cargo del mismo la Real Sociedad Económica Matritense

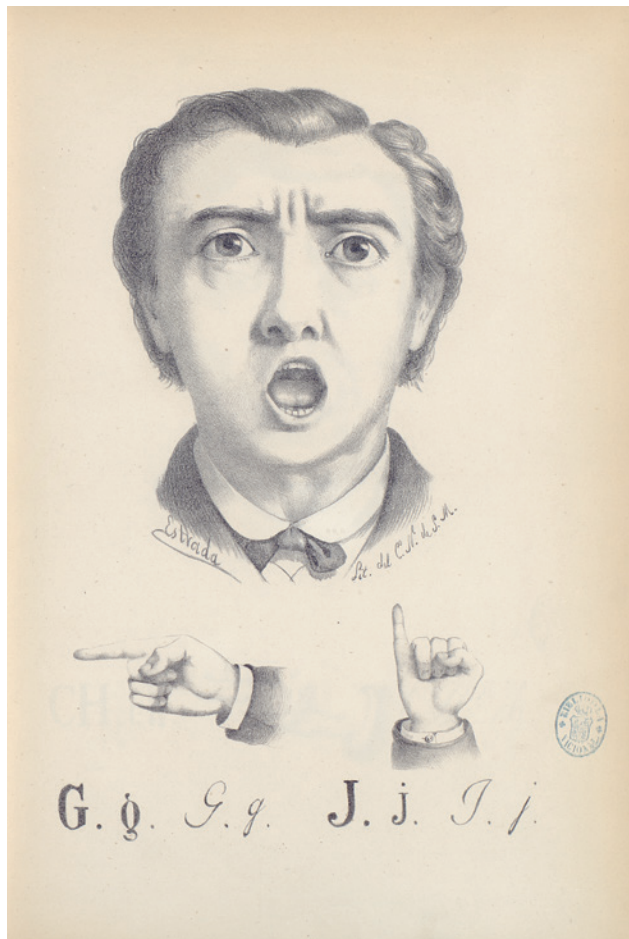
de Amigos del País. Seguir la trayectoria del Colegio de Sordomudos resulta muy complicado ya que tuvo una vida muy azarosa y llena de penurias económicas. En 1803 se publicó el primer *Reglamento del Real Colegio de Sordo-Mudos*, que puede verse en esta exposición. Fue entonces cuando se ubicó en la calle de las Rejas, bajo la dirección de Juan de Dios Loftus y Bazán, con solo seis niños. Tras varios cambios de emplazamiento, finalizada la Guerra de la Independencia, en 1814, se le concedió una sede en la calle del Turco, donde permaneció hasta 1866.

Nuevos reglamentos y directores hicieron avanzar a este centro, que se unió a la Escuela de Ciegos en 1842, pasando a llamarse Real Colegio de Sordomudos y de Ciegos. No fue hasta mediados del siglo XIX, con Juan Manuel Ballesteros a la cabeza, cuando se consiguió alcanzar lo que muchos historiadores han llamado la “edad de oro” de la educación de los sordos en España.

En los primeros reglamentos de la escuela se dejó bien claro que los objetivos para sus alumnos eran llegar a usar la voz, comprender a los hablantes por medio de la observación de la boca y aprender materias básicas como aritmética, gramática y ortografía, principios de geometría y, por supuesto, obtener una educación religiosa. Tal y como afirmó el duque de Híjar, director de la Real Sociedad Matritense, se trataba de «hacer de un ser racional inútil, un ser útil». El objetivo, en definitiva, fue conseguir una buena educación enfocada al trabajo, preparar a las personas sordas para desempeñar



Reglamento del Real Colegio de Sordo-Mudos: formado por la Real Sociedad Económica Matritense y aprobado por S.M, 1804. BNE 9/198595



Carlos Nebreda y López, *Tratado teórico-práctico para la enseñanza de la pronunciación de los Sordo-mudos*, 1870. BNE 1/6383

un empleo digno acorde con su capacidad y desarrollo intelectual y con su condición social. Se les enseñaban oficios cuyo aprendizaje no requiriera de una base científica, como los de ebanista, tallista o joyero, zapatero, sastre, encuadernador o jardinero.

En Barcelona fueron Hervás y Panduro y Juan Albert y Martí los promotores, en 1800, de una escuela municipal de enseñanza para sordos, gratuita y universal. En esto radicó su principal novedad; al contrario que el colegio de Madrid, la escuela de Barcelona no contó con el apoyo de la Corona y propuso una educación para todos por igual, independientemente del nivel económico y el sexo del alumno. Todos estos aspectos no se implantaron en la capital hasta muchos años después. Precisamente por carecer de apoyos suficientes y por el abandono de Hervás y Panduro a causa de la segunda expulsión de los jesuitas, la escuela catalana desapareció unos años después, en 1840. Reanudó su actividad tres años más tarde, esta vez contando con la financiación del Ayuntamiento de Barcelona.

El método de enseñanza en el Real Colegio de Sordomudos de Madrid fue variando con el paso de los años, dependiendo de los sucesivos directores. En el periodo de Tiburcio Hernández (1814-1823), el objetivo principal fue avanzar en la comprensión y práctica de la lengua oral escrita. Se trabajaba en el aula con unas cartulinas que contenían cada una de las letras en grafía de imprenta y en cursiva (ambas en mayúscula y minúscula). Se enseñaba al sordo a identificarlas

visualmente, a asociarlas mentalmente con el alfabeto manual y después a escribirlas. Una vez comprendidas y aprendidas, se le mostraba cómo pronunciarlas.

En tiempos de Ballesteros, el programa general de la enseñanza de sordomudos estuvo dividido en lecciones en las que se especificaban los contenidos a tratar y se desgranaba el orden del proceso en la enseñanza del alumno, destacando la importancia que tendría para estos la escritura simbólica. Esta estaba formada por una serie de signos figurativos, simbólicos y alfabéticos a modo de tabla que, previamente aprendidos, permitían expresar determinadas ideas y palabras.

El método empleado por Villabrilie fue también muy teórico y pretendía introducir la comprensión paulatina de las palabras y sus significados. Comenzando por el abecedario, seguido de un silabario, primeras clasificaciones de palabras, la reunión de las mismas por grupos (seres, animales, artes y oficios, pesos y medidas, adjetivos, pronombres, verbos...). Una especie de vocabulario con un número de palabras determinado que eran, a su entender, las imprescindibles para poder comunicarse.

De manera general, todos estos métodos del Real Colegio se basaron en el estudio del español aplicado a las necesidades de las personas sordas. No existió una intención clara, al menos todavía, de proporcionar una enseñanza combinada donde los signos no estuvieran relegados a un segundo plano y a un uso auxiliar. Con la implantación de la Ley de Instrucción

Pública de 1857 se creó y reguló una escuela para formar a los maestros interesados en enseñar a sordos y ciegos. En esa formación se hacía hincapié en la dactilología, en el abecedario labial y manual, en las descripciones por signos de determinadas palabras y en la combinación de todos los medios de enseñanza y de comunicación.

La imprenta del colegio de Madrid editó una gran cantidad de materiales relacionados con la educación de sus alumnos, como es el caso del *Manual de clases para uso de los sordo-mudos del Colegio de Madrid* de Villabrilie. No todos los centros españoles tuvieron la suerte de poder desarrollar una labor semejante, aunque la escuela catalana, a menor escala, difundió sus métodos y sistemas educativos entre la población principalmente a través de dos obras, *Guía de los maestros de primera enseñanza para empezar la educación de los sordo-mudos*, obra francesa traducida por Rispa, y *Manual para uso de los alumnos que concurren a la Escuela de Sordo-Mudos de Barcelona*, de Francesc Valls Ronquillo, de las cuales la BNE conserva ejemplares.

Para demostrar los avances conseguidos en estas instituciones, cada fin de curso se premiaban las actividades más sobresalientes realizadas por los alumnos. El reconocimiento consistía en una medalla de bronce para los ganadores de las distintas categorías, como la que puede verse en la exposición, fechada en 1870 y que se conserva en el Museo del Prado: *Premio fin de curso del Colegio de Sordo-mudos y Ciegos*.

MANUAL DE CLASES

PARA USO

DE LOS SORDO-MUDOS

DEL COLEGIO DE MADRID.

POR

D. FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE,

Primer profesor en dicho Establecimiento.



MADRID:—1860.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE LOS MISMOS.

Otro modo de difundir los progresos que se conseguían en las escuelas especiales fue su participación en diferentes exposiciones universales, al igual que hacían fábricas, industrias o artistas. En 1867, en París, y en 1868, en Zaragoza, se mostraron al público aspectos de la enseñanza de los sordos y ciegos, como sus particulares alfabetos, la historia de sus establecimientos e incluso bustos y grabados de los principales pedagogos como Bonet o Hervás. Ejemplo de ello es la obra de Nebreda *El Colegio Nacional de sordo-mudos y de ciegos de Madrid, en la exposición universal de Viena: Su historia. Su estado actual. Sus trabajos*, de 1873.

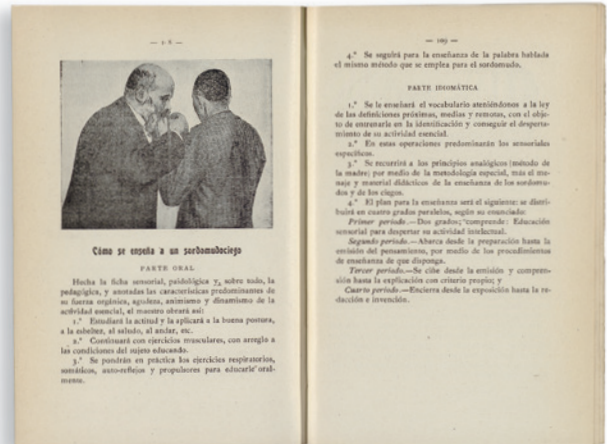
En España predominó un sistema educativo para sordos en manos de oyentes, siguiendo un método oral puro, puesto que el sistema de signos o gestual había fracasado en países como Francia y se creía obsoleto. No obstante, entre 1861 y 1873 comenzaron a surgir centros especiales públicos: Alicante, Santiago de Compostela, Burgos, Salamanca y Sevilla. Otras ciudades requirieron de la iniciativa privada, como fue el caso de Valencia, cuyo centro abrió sus puertas en 1866, y de Zaragoza que hizo lo propio en 1871. Ya en el siglo xx, Madrid contó también con el Colegio de la Purísima para niños sordos, inaugurado en 1907 gracias a la Congregación de Religiosas Terciarias Franciscanas que dirigieron otros dos centros similares en Granada y Zaragoza. Todos ellos emplearon el método oral puro hasta épocas muy recientes.

Novedades pedagógicas, bilingüismo y la LSE como lengua materna

En 1880 se celebró en Milán un congreso en el que pusieron en común sus conocimientos una gran cantidad de especialistas llegados de todas partes del mundo. Algunos defendieron el método oral puro y otros el mixto, es decir, alumnos sordos compartiendo aula y sistemas de educación con alumnos oyentes. En aquel congreso se pretendió probar la eficacia del método oral puro frente a la mímica con el testimonio de diversos alumnos sordos educados bajo el oralismo.

En cualquier caso, no se prohibió a los sordos emplear su lengua natural en privado o fuera de la escuela. Las políticas educativas de cada Estado optaron por uno u otro sistema y, por ello, no es extraño ver cómo en Madrid existió diversidad, en ese sentido, entre el Colegio de Sordomudos y Ciegos, que abogó por la libre elección del maestro, y los colegios privados religiosos, que escogieron el oralismo puro.

La mayoría de las piezas seleccionadas en esta exposición representan muy bien este panorama oralista, como la *Cartilla fonética para enseñar a los niños y sordo-mudos el arte de la lectura* de Ramón Robles Rodríguez; también la obra de Miguel Granell y Forcadell (1865-1936), *Método teórico práctico de idiomas para la enseñanza del mismo al sordomudo, por medio de la palabra hablada*. A este mismo autor se debe una de las referencias a



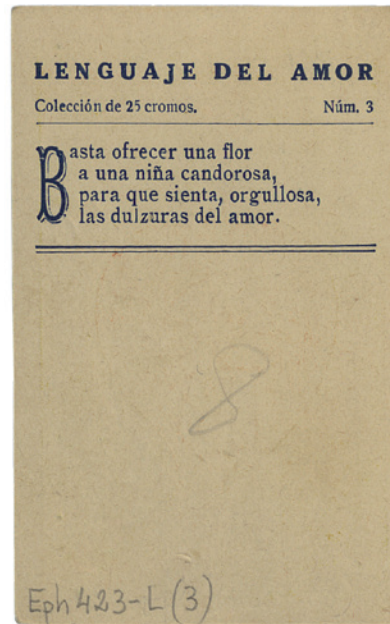
Antonio Verdugo, "En el colegio para niños sordo-mudos de Madrid", *España industrial de la posguerra*, h. 1952. BNE GC-CARP/380 (arriba).

Miguel Granell y Forcadell, *Método teórico-práctico de Fonética, para enseñar oralmente la palabra al sordomudo y al sordomudociego*, 1928. BNE 2/79040 (abajo).

la sordoceguera en la exposición, el *Método teórico-práctico de fonética, para enseñar oralmente la palabra al sordomudo y al sordomudociego*.

A lo largo de la historia de la lengua de signos ha jugado un papel fundamental el movimiento asociativo, que surge en torno al año 1906 con la constitución de la primera asociación de personas sordas en España. De manera paulatina su número fue creciendo hasta alcanzar hacia 1935 un total de unas quince asociaciones. En 1936 se constituyó la Federación Nacional de Sociedades de Sordomudos de España (FNSE), cuya presidencia fue otorgada a Juan Luis Marroquín (1903-1987), y que en los años noventa pasó a llamarse Confederación Nacional de Sordos de España (CNSE). Su objetivo fue reunir a las asociaciones existentes con el fin de trabajar en común para atender las necesidades de las personas sordas.

El tejido asociativo fue entonces, y continúa siendo ahora, un elemento clave en la vida de las personas sordas. *La Gaceta del Sordomudo*, promovida por Marroquín y que comenzó a editarse en 1934, fue la primera publicación para «estrechar lazos de compañerismo entre los sordomudos de España». También a él se debe la publicación del diccionario de LSE *El lenguaje mímico. Resumen de lecciones dadas en los cursos para la formación del profesorado de educación especial en el Colegio Nacional de Sordomudos*, de 1957. Con el mismo objetivo de difundir y dar a conocer esta lengua, en 1981 ve la luz el *Diccionario Mímico Español* de Félix Pinedo (1936-2015). Labor que continúa gracias al trabajo de edición realizado por la propia CNSE, encargada de elaborar



MUSEO BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA SALA MÍNIMA

Paseo de Recoletos, 20
28001 Madrid

91 580 78 00 (Centralita)
91 580 77 59 / 91 516 89 67 (Museo)

info@bne.es
museo@bne.es
www.bne.es

🐦 @BNE_museo
#ManosConVozPropia

Transportes

METRO: línea 4, estaciones de Colón y Serrano

AUTOBUSES: líneas 1, 5, 9, 14, 19, 21, 27, 37,
45, 51, 53, 74, 150

RENFE: estación de Recoletos

Horario

Martes a sábado de 10 a 20 h

Domingos y festivos de 10 a 14 h

Lunes cerrado

Último pase 30 minutos antes del cierre

Entrada gratuita

Servicio de Impresión a la Carta.

<http://bne.museoteca.com>